



# EDUCACIÓN: HABLAMOS DE FUTURO

**M<sup>a</sup> JESÚS VALDEMOROS**

Los malos datos nos recuerdan, casi a diario, la complicada coyuntura en que se halla inmersa la economía española. Recesión, paro o deflación son, desde hace unos meses, algunos de los términos que con mayor frecuencia se repiten en la sección de Economía de nuestros medios de comunicación. Ni los *brotos verdes* a los que se refería la ministra Salgado, ni los *retoños* que mencionaba recientemente el secretario general de la OCDE encontrarán facilidades para asentarse en nuestra economía. Y no las encontrarán porque los problemas están en la raíz, en las importantes deficiencias estructurales que no fueron corregidas en tiempos de bonanza.

Por supuesto, esas deficiencias no pasan desapercibidas para analistas que advirtieron sobre su existencia antes del inicio de la crisis. De hecho, hemos asistido en los últimos meses a la publicación de propuestas para atacar los problemas de fondo que nos aquejan. Así, por ejemplo, se ha suscitado un interesante debate acerca de la reforma del mercado laboral que, desgraciadamente, corre el peligro de no traducirse en medidas eficaces. También se han lanzado mensajes —el propio presidente del Gobierno lo hizo— sobre la mejora de nuestro sistema educativo como galvanizador del cambio de modelo productivo.

Creo que todos estaremos de acuerdo en ese último punto. Una sociedad desarrollada, que aspira a seguir generando prosperidad para sus ciudadanos, no puede permitirse los niveles de abandono y fracaso escolar en que se mueve el sistema educativo español. Tampoco puede dejar pasar por alto la enorme brecha existente entre la formación que demanda el mercado y aquella con que cuentan quienes se incorporan al mundo laboral. Es necesario actuar, reformar la educación y hacerlo cuanto antes, pues los frutos no serán inmediatos, sino que requeri-

rán un tiempo largo de maduración.

La mejor de las estrategias sería, en mi opinión, aquella que acometiera reformas simultáneas en esferas estrechamente conectadas. Por ejemplo, una flexibilización del mercado laboral facilitaría una mejor asignación del factor capital humano, incentivando a su vez una inversión adecuada en educación y formación por parte de las personas y las empresas. Ahora bien, me parece que no me equivoco al pensar que, si alguna reforma tiene poder de transformación por sí sola, ésa no es otra que la de la educación.

Conviene tener muy claro que estamos ante una cuestión que nos atañe a todos, individualmente y como sociedad. Debemos concienciar-

**Los 'brotos verdes' de Salgado no se asentarán, a menos que se ataje la raíz de los problemas: las deficiencias estructurales**

de ello; debemos iniciar el cambio con el convencimiento de que la educación no es labor exclusiva de la escuela, el colegio o la universidad. Valores como la cultura del esfuerzo, la ética del trabajo o la responsabilidad personal, tan importantes para una auténtica prosperidad, se incul-

can sobre todo en el hogar. No parece justo reprochar a los más jóvenes que no quieran esforzarse, ni a la escuela que no enseñe a hacerlo, cuando es la sociedad la que premia los atajos al éxito sin méritos.

Por otra parte, hemos de ser conscientes de que la formación es un proceso continuo que nos acompaña toda la vida —lo que los anglosajones denominan *lifelong learning*—. Esta innegable verdad está hoy más presente que nunca de la mano del avance tecnológico, el cambio económico y el creciente acceso a una información sobreabundante. Se acabaron los tiempos de un trabajo para toda la vida; hoy lo que cuenta es la flexibilidad, la adaptabilidad, la movilidad, la capacidad para aprender. Es a esto a lo que debe enseñar el sistema educativo, lo que le obliga a ser él mismo un sistema flexible, al modo de una red de distintos itinerarios que se entrecruzan y de la que una persona puede desengancharse en un momento para reincorporarse más tarde. Una red que, además, no puede limitarse al sistema educativo más formal, sino que debe extenderse y conectarse a la formación en otros contextos.

En ese mismo sentido, el sistema educativo español debería ampliar su conexión con ámbitos diferentes en los que, antes o después, se insertará quien hoy se educa, tales como la empresa, la investigación, las administraciones públicas o la coo-

peración social. En la actualidad, esa conexión es muy escasa para prácticamente todos los niveles educativos, desde la educación obligatoria hasta la universitaria. Como escasas es también la integración del espíritu emprendedor en la educación. Un espíritu emprendedor que debería formarse y potenciarse en aras de un mayor dinamismo empresarial y, sobre todo, en su sentido más amplio, el que aúna creatividad, iniciativa, responsabilidad, independencia, afán de superación, toma de riesgos; el que hace posible la transformación económica y social.

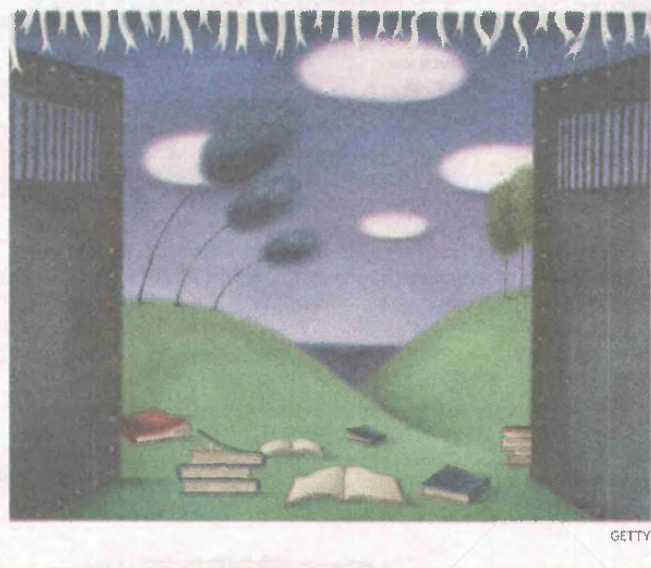
Entre otros ingredientes, la reforma debería incluir mayores dosis de autonomía para los centros educativos en términos de contenidos cu-

**Se debe medir el rendimiento de los centros educativos y conectarlos con las empresas**

rriculares, métodos docentes y gestión. Esta mayor autonomía habría de combinarse con sistemas de información transparente y de rendición de cuentas, que hicieran posible un mejor conocimiento de la evolución y los resultados de los centros educativos y que, por tanto, incrementaran la responsabilidad de docentes y gestores, así como la capacidad de exigencia de padres, alumnos y del conjunto de la sociedad.

El reto que todo esto plantea es enorme, complejísimo, pero tan apasionante como la propia educación. No nos dejemos acobardar por las dificultades y emprendamos la tarea con la misma ilusión con que muchos docentes acuden a las aulas cada día. Sólo una educación de calidad hará de la nuestra una sociedad más libre, crítica y cohesionada, con mayor igualdad de oportunidades y con la capacidad de adaptación a un mundo tan cambiante como el que nos ha tocado vivir.

O Directora del departamento de Economía del Círculo de Empresarios.



GETTY